

NARRATIVA DE PERIFERIA:
LA OBRA DE JAVIER OLIVA

JAVIER ADRADA DE LA TORRE
Universidad Autónoma de Madrid

*Las cosas tienen vida propia,
todo es cuestión de despertarles el ánimo*

G. G. Márquez

1. INTRODUCCIÓN

Fco. Javier Oliva (Madrid, 1965) es escritor y periodista, observador activo de todo lo que le rodea sea esto animado o inanimado, viajero ocasional pero entusiasta, aventurero prudente pero apasionado por encontrar, por sentir, por emocionarse más allá de su entorno. Le atrae sin remedio lo desconocido. Las relaciones humanas le fascinan. Su habla es efervescente, hemorrágico de palabras y adjetivos, pero calla lo que le quema el alma. Entonces prefiere guardar silencio y escarbar dentro de su cabeza en soledad para poder plasmarlo con calma sobre un papel. Sabe que la lengua rápida, frenética, es hermana de lo intrascendente. Escoge entre sus pensamientos aquellos que le importan y transmite el resultado en sus novelas utilizando actores y escenarios adecuados y precisos que nos hagan reflexionar soñando. La escritura no es más que una terapia que da sentido a su vida, y nosotros nos aprovechamos de ella bebiendo de ese destilado que sería incapaz de contarnos de viva voz.

En estos términos aparece retratado Javier Oliva en la hoja de mano que se repartió a quienes asistieron a la presentación de *Cruzar el río*; junto a este texto, el autor sonríe desde una fotografía, posando con un popó —un traje tradicional guineano— en un hotel de Arusha, Tanzaniab. Siempre ha sido enemigo de los escritores endiosados, de los hombres favoritos del numen; él se considera un ciudadano de a pie, tan dotado para escribir novelas como un arquitecto para diseñar edificios.

A este carácter ordinario —entendámoslo en un sentido halagador— se le suma el aventurero que lleva dentro, el que desearía recorrer el orbe en busca de misterios. Esta dualidad queda reflejada, de hecho, en la hoja de mano correspondiente a la presentación de *Lo que esconde tu mano izquierda*: «el tiempo le ha enseñado que la verdadera aventura es la vida misma, que la más deslumbrante novedad se puede hallar en lo más recóndito de África o en el andén de una estación del metro». Hombre y héroe se complementan en la actitud vital de Oliva y, por supuesto, en su prosa. Él sabe, como lo sabía García

Márquez, que un andén de metro puede ser el germen de una historia si el escritor se propone darle vida.

En 2007 vio la luz su primera novela publicada, *El Sueño de Judas*, de la mano de Goodbooks. Se trata de una obra que él mismo asemeja en género a *El código Da Vinci*, de Dan Brown¹, y que aún presenta, como es natural, defectos propios de quien no ha alcanzado todavía su madurez literaria. En *La Torre del Gallo*, publicada en 2011, Oliva se estrenó bajo el amparo de la que hasta ahora ha sido su editorial de confianza: Ledoria, humilde pero ambiciosa, modesta pero esmerada. El protagonista de *La Torre del Gallo* «regresa a su Sigüenza natal después de haber estado perdido durante cuarenta años en los desiertos de Afganistán», como reza la sinopsis: he aquí la figura del exótico aventurero, tan similar a la que protagonizará *El cooperante* (Ledoria, 2012) en Navabeng, un poblado de Guinea Ecuatorial.

La obra de Javier Oliva conoce una nueva etapa cuando, en 2012, su novela inédita *Cruzar el río* es seleccionada como finalista del prestigioso Premio de Novela Fernando Lara en su edición XVII. Aunque no la publicase con Planeta, sino con Ledoria —nuestro autor recela del carácter a veces abusivo de las grandes editoriales—, obtuvo como galardón una cena para dos en la entrega de premios de Sevilla y la impagable constatación de encontrarse en el buen camino. *Lo que esconde tu mano izquierda* (Ledoria, 2016) continúa en esta línea de ambición literaria conjugada con un argumento atractivo. Dado que estas dos últimas novelas constituyen, podríamos decir, el cenit de la prosa de Oliva, les hemos consagrado en este trabajo sendos apartados.

Actualmente, el madrileño ha terminado de escribir una nueva novela, aunque no por ello está finalizada: en la próxima sección explicaremos a qué nos referimos. Ha invertido nada menos que cuatro años en ella; a la primera página le ha dedicado un importante porcentaje de ese tiempo: confiesa que los comienzos siempre los ha demorado demasiado, y quería que este fuera un feroz manifiesto de guerra. Por cierto, he aquí una exclusiva: la obra se titulará *Ignoto*.

¹ La escribió, por cierto, cinco años antes de que Dan Brown cosechara tal éxito con su novela.

2. LA POÉTICA DE JAVIER OLIVA

Javier Oliva afirma haber empezado a escribir a los ocho o nueve años, espoleado por su pasión por contar historias. Recuerda haber encontrado inspiración en el cine en blanco y negro, en películas como *Tarzán*: quizás aquí nace el aventurero que sueña con las remotas tierras africanas. Las fantásticas historias de la pantalla serán, a la larga, la simiente de toda su obra, empezando por *La casa de las mil puertas*, una serie de diez libros encuadernados, novelitas de aventuras a las que el autor dio forma con doce o trece años.

Asimismo, Oliva asegura no haber leído nada hasta los dieciocho años. La lectura no despertó en él demasiado interés, y acusa de ello al sistema educativo. Entre sus primeras lecturas, rescata *Rebelión en la granja* y *1984*: debemos a Orwell la primera comunión de Oliva con la literatura. Menciona también *La hoja roja* de Delibes, especialmente porque en esta obra hay un personaje tartamudo como él.

Entre sus autores predilectos figura Gabriel García Márquez por varios motivos. En primer lugar, por la manera como el colombiano cuenta las historias, con un estilo condensado en el que nada sobra ni falta. En segundo, porque el nobel concibe y construye las novelas de forma muy similar a como lo hace Oliva: ambos consideran que la corrección es indispensable y que importa más lo que se suprime que lo que se deja escrito; además, los dos exploran las posibilidades de una novela mediante la inquisición metódica².

También es preciso hacer alusión a Javier Reverte, caro amigo de Oliva y ejemplo a seguir para él, por su exquisita prosa, por su variedad de géneros, por su estilo económico en palabras pero no en emociones... pero, sobre todo, porque Reverte es lo que Oliva considera «un corrector de pata negra»: aquel se

² García Márquez, en su delicioso libro *Cómo se cuenta un cuento*, reúne a un grupo de guionistas a fin de que, entre todos, logren escribir un magnífico guion para una serie de televisión. A partir de una idea básica, los personajes comienzan a preguntar sistemáticamente: «¿y si el protagonista...?, ¿y si al final de esta escena...?, ¿y si resulta que el malo es...?»; por medio de este creativo interrogatorio, la idea inicial se expande hasta límites insospechados.

lee las novelas de este cuando aún están en boceto y le ofrece su consejo. Eso sí, incluso para las correcciones es escueto Reverte, porque las resume en apenas dos líneas —de las que Oliva exprime todo el néctar—.

Por último, el madrileño destaca la importancia que ha tenido para él la obra de Ryszard Kapuściński, periodista y escritor polaco y paradigma de la literatura de viajes. De Kapuściński alaba el estilo frío, similar al objetivo de una cámara de televisión; también su escritura secuencial, compuesta a partir de fugaces *flashes* impresionistas que convierten la imagen en narración. Sin duda, Oliva aprovecha su faceta periodística de modo similar a como lo hicieron Kapuściński y Gabo.

A continuación, explicaremos cómo funciona el laboratorio de Javier Oliva. El término *laboratorio* puede resultar prosaico, pero lo cierto es que no se aleja demasiado de la realidad: para él, la literatura tiene más de disciplina que de magia. Por supuesto, considera que un escritor debe tener el don de saber contar historias —como quien tiene el don de diseñar edificios—, pero este talento no puede prosperar si no se combina con rigurosas dosis de trabajo. De este modo, el madrileño desmitifica la figura del escritor como un pequeño dios y la acerca a la de un pertinaz trabajador.

Para Oliva, escribir es un ejercicio de tesón y paciencia. En esta línea, suscribe las palabras del novelista estadounidense James Salter, quien pone como ejemplo de disciplina a Flaubert:

Flaubert escribía desde primera hora de la tarde hasta bien entrada la madrugada; era infatigable, reescribiendo, revisando, produciendo una página a la semana, o una en cuatro días o 13 en tres meses. [...] el autor de *Madame Bovary* tardó/invirtió cuatro años y medio en escribir la novela, 4.500 cuartillas de borradores para las 300 páginas del libro. [...] ser escritor es estar condenado a reescribir [...] siempre hay algo que está mal enfocado, o podía ser mejor; era demasiado largo, era anodino...³

³ Disponible en: <www.elmundo.es/cultura/literatura/2018/04/02/5ac120f0ca47412a398b4570.html> [última consulta: 18/04/2018].

Precisamente es la disciplina lo que caracteriza a Javier Oliva. Según él mismo ha revelado, en su caso el proceso de escritura pasa por varias fases. En primer lugar, debe surgir una idea inicial, a raíz de la cual se desarrollen la trama y los personajes. A partir de esta idea debe el creador hacerse infinidad de preguntas; las que se formula Oliva son, entre otras, las siguientes: ¿qué tipo de narrador busco, en qué persona y en qué tiempo?, ¿qué impresión quiero transmitir al lector?, ¿qué herramientas requiero para ello?, ¿qué personajes necesito para que la ecuación sea perfecta?, etc. Todo este cálculo de constantes y variables se lleva a cabo de manera fría y escrupulosa, en detrimento del mito romántico que concibe la literatura como fruto del genio incontrolable.

A continuación, nuestro novelista elabora la historia, es decir, inyecta argumento a las ideas, por así decirlo. Una vez tiene la trama urdida —y después de darle mil vueltas a cada detalle—, la segmenta en capítulos, procurando que todos ellos gocen de cierta unidad temática o formal. Tiene por costumbre leer y releer sin tregua esta suerte de guion, que suele ocupar unas cuarenta páginas; cuando ha aplicado todas las modificaciones pertinentes, decide que ya ha cavilado lo suficiente y se pone manos a la obra.

Llega ahora el momento de convertir el guion en novela. Se trata de un ejercicio muy dinámico, porque tiene las ideas frescas y claras. Al fin y al cabo, sabe lo que tiene que escribir en cada capítulo y en cada página porque ha consagrado meses —años incluso— a reflexionar sobre ello en borrador. Es posible que sea necesaria alguna variación mínima durante esta fase —algún personaje secundario requerido en cierto pasaje, verbigracia—, pero de ningún modo un cambio radical: los pilares básicos de la historia son inamovibles una vez el guion está terminado. Ello implica que Oliva tiene claro desde el principio hacia dónde le guían sus pasos.

Por último, tras la redacción de la novela, llega uno de los pasos indispensables, inculcado por los antedichos Reverte o García Márquez: la corrección. Oliva corrige por capas: una lectura íntegra dedicada a las erratas, otra al estilo, otra al ritmo de la narración, otra a los caracteres de los personajes,

etc. Aquí es donde, posiblemente, el madrileño invierte más tiempo y más paciencia, pero es requisito fundamental de cualquier escritor maduro.

Para concluir este apartado, rescatemos una lúcida reflexión del propio autor: según él, «escribir no es solo redactar»; para continuar el símil esbozado arriba, podemos señalar que escribir no es solo redactar, al igual que un edificio no es obra solo de los albañiles, sino también del arquitecto. Antes y después de la mera redacción hay numerosas fases que, aunque parezcan invisibles *a priori*, establecen la diferencia entre un escritor novel y uno consagrado.

3. CRUZAR EL RÍO

El 27 de febrero de 2015, en un escenario tan distinguido como La Casa Encendida, Javier Oliva presentaba su cuarta novela: *Cruzar el río*. Recordemos que, tres años atrás, esta obra había quedado finalista en el XVII Premio de Novela Fernando Lara; no obstante, el autor prefirió publicarla tiempo después con Ledoria.

El propio Oliva resume el tema de su novela en un conciso sintagma nominal: «tía de clase alta que lo pierde todo por gilipollas». A partir de esta idea nace, en palabras del autor, su «historia sobre la condición humana». La protagonista de *Cruzar el río*, Marita, es una mujer adicta al éxito empresarial, al desenfreno de la vida adinerada y al afán de dominación. Ha conocido la cumbre de toda buena fortuna —en casi todos los sentidos— y, por obra de su propia arrogancia y estupidez, acaba de caer en picado hacia el abismo de la miseria. Las mismas trampas que ella tendió un día para llegar a lo más alto son las mismas con las que tropieza antes de caer a lo más hondo.

En este penoso estado la sorprende el lector cuando aborda la primera página del libro: sin dinero, sin techo, sin comida. No obstante, llama la atención que Marita, lejos de verse con los mismos ojos con que la juzgamos nosotros, se niega a admitir su condición de vagabunda y subestima el riesgo de su situación.

Considera que tan solo está pasando por un bache, que pronto acudirá a auxiliarla su familia o algún amigo —un tal Alfredo que, casualmente, parece estar de viaje sempiternamente— y que enseguida remontará el vuelo y recobrará su dinero y su poder.

Si aspirásemos a definir *Cruzar el río*, seguramente tendríamos que hacer uso de dos palabras clave: el contraste y la progresión. Efectivamente, en primer lugar, se trata de una novela de contrastes, y no solo el evidente contraste social entre la denominada gente normal y los sin techo, sino un contraste psicológico: frente a la cruda y objetiva mirada del lector, asombra el ingenuo punto de vista de Marita. Ella, incapaz de ver más allá de sus narices, muestra una perspectiva contaminada por la egolatría y el engreimiento: se siente superior al resto de mendigos porque ella, con su gentileza y sus apellidos, siempre pertenecerá —al menos en espíritu— a la flor y nata de la sociedad. El lector, en cambio, goza de una posición distanciada; de esta manera, puede apreciar objetivamente el verdadero estado de la mujer.

Para que la novela no sea una mera dialéctica entre lector y protagonista, Oliva se procura un personaje de carácter totalmente opuesto: Ezequiel, un vagabundo que, a diferencia de Marita, lleva demasiados años en la calle, de modo que la experiencia y el tiempo le han permitido objetivar su situación. Él será el agonista de ella y, por lo general, el sujeto con el que el lector simpatizará en mayor medida. Al fin y al cabo, Marita ejemplifica lo que no se debe hacer —a saber, ignorar y subestimar el problema—, mientras que Ezequiel encarna lo que sí: reconocer los errores que lo han llevado a uno a la desgracia y, tras este ejercicio de honestidad, acopiar las fuerzas necesarias para cruzar el río y regresar a la otra orilla.

Cruzar el río también es una novela de progresión, como indicamos arriba. Y también se lo debemos a Ezequiel, porque entre él y Marita sucede una suerte de ósmosis similar a la de don Quijote y Sancho: al igual que este se acabó contagiando de las locuras de aquel, Marita acabará abrazando las ideas de Ezequiel y asumiendo sus propios yerros. De forma paulatina, ella irá asimilándose a él y abandonando su ceguera; así, aprenderá cuáles son los

verdaderos valores de la vida, qué es lo que realmente importa cuando uno lo ha perdido todo.

Otro de los méritos de la obra radica en su perfecto acabado: «a una novela no se le pueden ver las costuras», asegura Oliva. Quizás este logro se deba a la ardua labor de corrección de la que hablamos en el § 2. Efectivamente, el resultado de este pulimento es una prosa homogénea y natural en la que hay que fijarse mucho para descubrir que existe una constante alternancia entre pasado y presente: Marita se sumerge en sus recuerdos sistemáticamente y evoca los acontecimientos que la han empujado a la indigencia. No obstante, este vaivén temporal está tan bien construido que fluye sin desentonar. Del mismo modo, cada uno de los capítulos de *Cruzar el río* versa sobre un tema: la familia, el amor, el sexo, el dinero, la sociedad, etc.; todos ellos abordados en conversaciones con Ezequiel o en el pensamiento en primera persona de la protagonista. Y también este diseño está aplicado con tal sutileza que no se le ven las costuras.

Oliva confiesa que, para la elaboración del personaje de Marita, tuvo que recurrir a lo que él denomina *soportes*. Para nuestro autor, los soportes son personas reales a las que conoce y en las que se basa a la hora de dar vida a un personaje, para que este parezca aún más de carne y hueso. Así pues, el novelista asegura que Marita resulta de la suma de tres personas cercanas: una aporta la actitud clasista y el esnobismo, otra el engreimiento, etc. A la vista de lo expuesto, es evidente que el artífice de *Cruzar el río* forja con esmero a sus personajes y se preocupa de que sean lo más humanos posible.

Tres motivos son los que, en opinión del mismo Oliva, lo llevaron a ser finalista del Fernando Lara con esta obra. En primer lugar, que se trata de un tema atemporal y, por tanto, actual en cualquier época —¿qué siglo no ha conocido o no conocerá la pobreza extrema?—. En segundo, que el tratamiento del tema es muy original: en primera persona del singular, en presente asfixiante, sin medias tintas. Una narración descarnada que obliga al lector a participar de la angustia que padecen los personajes. En tercero, que detrás de la historia hay una minuciosa documentación: Oliva, en su juventud, trabajó como voluntario en un

albergue; además, entabló conversación frecuentemente con algún sin techo⁴ para obtener todo lujo de detalles sobre aquella vida de penurias. Tan exacto es el retrato de la calle que parece que el propio autor acabara de escapar de ella.

Si algo enseña *Cruzar el río*, es sin duda que los vagabundos no son simple mobiliario callejero. Detrás de los cartones hay seres humanos, tan humanos como quien tiene el libro frente a sus ojos. Queda demostrado que un error estúpido puede arrojar a cualquiera al tártaro urbano: la calle acecha más de lo que parece. También ellos tienen un pasado detrás, y seguramente una vida por delante, sobre todo si se afanan por cruzar el río.

4. LO QUE ESCONDE TU MANO IZQUIERDA

El 16 de diciembre de 2016, de nuevo en La Casa Encendida, Javier Oliva presentaba su quinta novela: *Lo que esconde tu mano izquierda*. Publicada también bajo el sello de Ledoria, se aprecia en ella una madurez y una ambición parangonables a las de *Cruzar el río*, cuando no superiores.

Del propio título se desprende una de las claves de la obra: el secreto. La alusión a la mano izquierda nos remite a la Biblia: «pero tú, cuando des limosna, que no sepa tu mano izquierda lo que hace tu derecha» (Mateo 6:3). En otras palabras, todo ser humano tiene una cara exterior y una interior: por un lado, la apariencia que ofrece a los demás; por otro, su verdadera identidad, si es que existe alguna *verdad* en este juego de engaños. La mano izquierda es independiente de la derecha, es decir, las apariencias a veces distan mucho de las verdaderas intenciones: aunque uno dé limosna con su mano derecha, quizás aferre un puñal con su izquierda.

⁴ Una tarde, mientras esperaba a que su hija saliera de clase de piano, se sentó en un banco de un parque y, al ver unos cartones en el suelo, los echó a un lado con el pie. Poco después, un vagabundo se acercó tímidamente y, tras mirar los cartones, se alejó un poco y se le oyó decir: «Ya me han jodido la cama para esta noche». Oliva se acercó a él, se disculpó, le ofreció un cigarrillo y comenzaron a conversar. Fue entonces cuando sacó provecho a sus cualidades de periodista subrepticio.

En torno a esta misteriosa dicotomía se articula la novela. Ladislao Torres —Lalín para los amigos— acaba de morir en inciertas circunstancias y todos sus seres queridos —o no tan queridos— acuden a su funeral. Reunidas en la iglesia, las personas más cercanas al difunto evocarán cuanto recuerdan de él. Descubriremos poco a poco que todos parecen saber qué había en la mano derecha de Ladislao, pero ¿alguno conoce qué escondía en la izquierda?

La acción de la obra transcurre, por consiguiente, durante la misa en honor del fallecido. Y no es del todo apropiado hablar de *acción*, porque lo que en realidad construye la novela es una suma de monólogos interiores⁵. En efecto, *Lo que esconde tu mano izquierda* se divide en once capítulos y cada uno de ellos ofrece el testimonio mental de uno de los asistentes al funeral; de hecho, el título de cada capítulo indica quién lo protagoniza con sus pensamientos: por este orden, Joaquín, Benito, Marcelina, Dionisio, Rafael, Federico, Candela, Raúl, Alba, Gabrielle y Edit.

Así pues, sabremos de Ladislao lo que sus conocidos, sus amigos, sus familiares, sus vecinos, sus compañeros de trabajo, su mujer o el sacerdote nos cuenten. Nunca se nos ofrecerá la voz en primera persona del protagonista tácito de la novela; lo único que tendremos es una suma de miradas, una perspectiva múltiple que, quizás, nos ayude a descubrir quién era y qué pretendía Lalín antes de morir.

Como podemos deducir, se trata de una novela coral. Tan coral que, de hecho, en la presentación en La Casa Encendida, cuatro actores de doblaje —dos hombres y dos mujeres— leyeron *viva voce* sendos pasajes correspondientes a dos personajes masculinos y dos femeninos. Este hecho es una clara demostración de que, más que una obra para ser leída, es una obra que uno debe escuchar: no domina un único discurso, sino un coro de voces disonantes.

⁵ Utilizamos este término con cautela, porque en *Lo que esconde tu mano izquierda* no hallamos el *stream of consciousness* de autores como Joyce, por ejemplo. No encontramos la supresión de signos ortotipográficos propia del subconsciente y del caos mental, ni la asociación espontánea de ideas que caracteriza al cerebro humano. Con monólogo interior nos referimos, en este trabajo, a la fluencia relativamente ordenada de los recuerdos y pensamientos de los personajes.

Llama la atención que, bajo este cóctel polifónico, dos importantísimas figuras quedan sepultadas: la del protagonista y la del narrador. La incompresencia de la primera resulta, hasta cierto punto, obvia: Ladislao no puede participar de la acción porque su cuerpo yace en un ataúd. Es curioso que un cadáver inunde de tal manera las páginas de una novela, como una presencia ausente. Pero tan solo queda de él un mosaico de remembranzas; en otras palabras, el espejismo del protagonista, pero no el protagonista en sí.

También el narrador sucumbe al estruendo coral. Y no es que quede en un segundo plano, sino que sencillamente no existe: *Lo que esconde tu mano izquierda* no tiene narrador. Cada capítulo o testimonio comienza con la voz del cura en estilo directo —un párrafo como máximo— inmediatamente sucedida por el monólogo mental del personaje que corresponda. Como vemos, no hay narrador, sino solamente voces, ya sean orales o mentales.

Ni siquiera podemos decir que el flujo de pensamiento convierta a cada personaje en narrador provisional, porque la acción que incluyen sus soliloquios mentales es nula o casi nula. Por así decirlo, nadie cuenta el argumento: el argumento se desprende, por sí solo, de las opiniones y reflexiones de cada uno de los once deuteragonistas. Como si la verdad sobre Ladislao estuviera tapada por una capa de barro que, poco a poco, se va resquebrajando.

La crítica ha acuñado un término que se aviene perfectamente al carácter de la obra: la *novela rosetón*. Imaginemos un rosetón conformado por once pétalos de cristal. Pues bien, exactamente así es el esqueleto de la novela de Oliva: cada uno de los testimonios es una pieza de la identidad de Ladislao Torres, y todos juntos constituyen los trescientos sesenta grados de la verdad. Por supuesto, todos los capítulos son imprescindibles: la rosa no estaría completa si le faltase un pétalo a su corola.

El autor madrileño se las ingenia para entregarnos la historia por fascículos: cada testimonio contiene la dosis exacta de argumento, lo justo para incrementar la intriga y enturbiar la imagen que el lector se forma de Ladislao. Las opiniones discordes y las diferentes versiones de los hechos propician esta creciente confusión, pero la polémica se elucida, como no podía ser de otra

manera, en el último capítulo. Edit, la viuda, el último pétalo de la rosa, desmiente todas las perspectivas anteriores y revela la verdad, sorprendente e inesperada, acerca de qué pretendía Ladislao antes de morir.

Si tuviéramos que señalar algún mínimo descuido en *Lo que esconde tu mano izquierda*, quizás sería una ligera falta de decoro en el habla de los personajes. Es cierto que Oliva se preocupa de conferir rasgos de identidad a cada uno de los once pensantes: el sacerdote hace gala de expresiones rimbombantes y alusiones religiosas («¡Dios Nuestro Señor!», «Lalín era como un ángel caído del cielo, ¡tu ángel!»), los ciudadanos de a pie acusan un léxico más limitado y un frecuente uso de refranes, etc. Sin embargo, tal vez el autor no alcanza del todo este objetivo: por ejemplo, se echan de menos algunos solecismos —anacolutos, vulgarismos, etc.— en personajes de menor nivel cultural. En otras palabras, el estilo no suena del todo natural: se acerca más al registro propio de un libro, y debido a ello no siempre se diferencia de forma clara el discurso de un personaje del de otro.

Este detalle no impide, de ninguna manera, que podamos afirmar que *Lo que esconde tu mano izquierda* es una novela muy original y de mucha calidad. La obra, como se lee en la solapa de la portada, «muestra el dominio narrativo del autor a través de una original historia relatada de manera ágil e innovadora». En efecto, la innovación reside precisamente en la manera de desarrollar la trama: por medio de un coro de voces discrepantes que, sin saberlo, completan un fabuloso rosetón.

5. LOS TALLERES CIERVO BLANCO

Aparte de sus oficios de novelista y periodista, Javier Oliva es uno de los organizadores de Ciervo Blanco, club de lectura madrileño y, sobre todo, taller de escritura creativa. Ciervo Blanco, que en noviembre de este 2018 cumplirá su quinto aniversario, cuenta con su propia página web⁶ y en ella se refleja esta

⁶ Disponible en: <<http://ciervoblanco.club/>>.

doble vertiente: por un lado, el consumo literario; por otro, la creación. En consecuencia, se fomenta la necesaria retroalimentación entre lectura y escritura, entre literatura pasiva y activa: es preciso recoger las semillas antes de plantar las flores.

En esta sección, nos centraremos en el taller de escritura creativa; al fin y al cabo, lo que nos interesa es cómo un creador de la talla de Oliva incentiva el talento de otros potenciales creadores. Sumarse a los talleres es muy sencillo: en la página web existe la posibilidad de registrarse como usuario y recibir información acerca de las sesiones semanales —celebradas los domingos por la tarde, generalmente—. El lugar en el que se reúnen los participantes es uno de los varios salones de la célebre Residencia de Estudiantes de Madrid. ¿Qué mejor escenario para venerar la literatura que en uno de sus templos, por cuyos pasillos deambularon un día Salinas, Alberti, Guillén, Lorca o Altolaguirre?

No son pocos los internautas que, tras teclear en su buscador algo así como «talleres escritura gratis madrid», encuentran entre los resultados la página de Ciervo Blanco. No son pocos, no, porque cada domingo aparecen caras nuevas por la Residencia de Estudiantes —al principio, con una tímida sonrisa entre los labios; al final, con la total confianza que ofrecen estos encuentros—. Muchos son los que, satisfechos con la experiencia, repiten semana tras semana y se acaban consagrando como miembros asiduos del club. Hay días en los que, sumando a los longevos y a los neófitos, la cifra de asistentes supera los treinta.

Durante las reuniones, el ambiente es siempre distendido y cálido: más que una fría asamblea de intelectuales, se trata de una reunión familiar, en la que nadie está por encima de nadie, por muy bien que escriba o muchos libros que tenga publicados. Efectivamente, son varios los niveles que confluyen en los talleres: desde autores con títulos publicados —e incluso finalistas de certámenes internacionales, como Oliva— hasta escritores noveles que desean abandonar la soledad de su ordenador y compartir su creatividad con gente de su mismo oficio.

En cuanto al funcionamiento de los talleres, conviene señalar que hay un principal procedimiento para empezar a escribir: los disparadores creativos.

Entendemos por disparadores creativos todos aquellos elementos que sirvan para detonar la imaginación y conducirla por los cauces más insólitos: una imagen, una oración, una relación aleatoria de sintagmas, etc.

Veamos algunos casos. En ocasiones, Ciervo Blanco anuncia que, en la próxima reunión, proyectará una sugerente imagen y los participantes tendrán que escribir *in situ et ipso facto*⁷ un microrrelato adecuado a cierta temática o a cierto género narrativo. En otras, en cambio, la imagen se ofrece con antelación en la página web, de modo que los usuarios deben enviar sus escritos por correo electrónico antes de la reunión, a fin de que durante el encuentro se vote cuál de los textos es más meritorio.

Tomemos como ejemplo la sesión del 26 de noviembre de 2017: se había publicado en la web una imagen titulada *Ojo misterioso*, que representaba un ojo femenino mirando a través de una rueda antigua, y se había invitado a los concurrentes a que escribieran y enviaran sus textos —con un máximo de trescientas palabras—. Para el encuentro del domingo, Ciervo Blanco trajo a unos actores de doblaje cuyo cometido fue leer —e interpretar— todos los textos, en voz alta y de forma anónima. De este modo, la escritura se vio mezclada con la lectura y la dramatización —la no tan escasa dramatización que la entonación implica—. Tal es la nueva experiencia de escritura creativa que propone Ciervo Blanco, de la mano de Javier Oliva.

La ambigüedad de las imágenes es un aspecto digno de tener en cuenta: convertir lo visual en palabras es un reto para cualquier escritor. Asimismo, el hecho de que una ilustración sea susceptible de múltiples interpretaciones implica que cada creador aportará una visión personal y, por tanto, se apreciará una curiosa diversidad de perspectivas durante el taller. La traducción de un lenguaje artístico a otro garantizará resultados sorprendentes e incluso surrealistas, en el sentido estrecho del término, ya que una imagen concita impresiones automáticas e insólitas.

⁷ A este tipo de sesiones, en las que los asistentes deben improvisar un texto breve en un lapso aún más breve, Oliva y sus compañeros las llaman cómicamente *jam-ón sessions* (una hispanización de la voz inglesa *jam on session*).

La extravagancia surrealista también estará presente en otro tipo de disparadores creativos: los sintagmas al azar. Ciervo Blanco ha elaborado una baraja de cartas muy particular: cada una de sus cartas tiene escrito un sintagma o, como mucho, una oración. Durante la sesión, uno de los organizadores solicita que una mano inocente escoja una, dos, tres o hasta cuatro cartas al azar y lea en voz alta el resultado; así, se producirán conexiones tan inauditas como «los gitanos» y «complejo de Edipo», o bien «levadura», «masturbación» y «decirle adiós a Dios» —los ejemplos, a propósito, son todos reales—. Por supuesto, será tarea del participante dotar de coherencia a tan estrambótica asociación de ideas.

Tal es el carácter de los talleres Ciervo Blanco, y tales son los ejercicios creativos que ocupan a Oliva los domingos por la tarde. Si bien es cierto que no se aprecia en su obra esta plasmación verosímil de lo disparatado, es innegable el interés que estos talleres presentan en relación con la obra del novelista: quizás así sea como él ha aprendido a convertir la imagen en prosa, y la sugerencia en argumento, y el detalle en narración.

De hecho, hay un aspecto principal que el propio novelista afirma haber asimilado en Ciervo Blanco: la síntesis. Al verse obligado a escribir textos de entre cien y trescientas palabras, Oliva ha aprendido a condensar un párrafo en un vocablo, a desbastar su prosa y limar lo innecesario. Este tipo de microrrelato exige que el artista sea selectivo y no escriba una sola palabra de más; trasladada esta enseñanza a la novela, encontramos como resultado una dicción ágil y directa, parca en palabras pero pródiga en significado.

6. CONCLUSIÓN

Si tuviéramos que calificar de algún modo a Javier Oliva, seguramente habría que considerarlo un genio disciplinado. En otras palabras, una persona consciente de su talento y, lo que es más importante, de que dicho talento quedará en nada si no lo explota con el rigor y el esfuerzo necesarios. Así pues, nuestro novelista es sobre todo un concienzudo estratega de las palabras.

Detrás de las cinco obras que tiene publicadas se esconden más de cuarenta años de experiencia, media docena de novelas inéditas —que le enseñaron cómo no escribir una novela— e incluso un conato de obra de teatro que, asegura, no verá la luz. También días de arduo trabajo y noches de insomnio, relecturas sucesivas y limaduras interminables. Sus libros son las piedras preciosas que resultan de una minuciosa desbastadura.

Aparte de su paciencia, destaca en Oliva su ambición: lejos de conformarse con una trama atractiva, el madrileño se esfuerza por innovar en lo relativo a la forma. Al fin y al cabo, en literatura los temas están casi todos agotados, de modo que la originalidad estriba en la manera de contarlos. Aunque no pretendemos minusvalorar sus obras más tempranas, que son claro reflejo del espíritu inquieto del escritor, es preciso que destaquemos *Cruzar el río* y *Lo que esconde tu mano izquierda* como paradigmas de la mentada ambición literaria. Por no hablar de su novísima y aún inédita novela, cuyas primeras páginas, a título de ejemplo, no son sino la percepción meramente auditiva de un personaje —y esto, por cierto, es otra exclusiva por cortesía del autor—.

Nadie sabe si Javier Oliva recibirá algún día el Premio Cervantes. Ni siquiera él mismo. En su opinión, la del escritor es una carrera de fondo, y es probable que el mundo acabe reconociendo su obra si de verdad lo merece. Lo gane o no, lo que es seguro es que seguirá haciéndose notar en el ámbito de las letras, como lo ha conseguido hasta ahora. Aún le queda mucho por decir a este genio tartamudo que, eso sí, no titubea a la hora de escribir.

7. BIBLIOGRAFÍA

Oliva, Javier (2010): *La Torre del Gallo*, Toledo, Ledoria.

— (2011): *El cooperante*, Toledo, Ledoria.

— (2015): *Cruzar el río*, Toledo, Ledoria.

— (2016): *Lo que esconde tu mano izquierda*, Toledo, Ledoria.

García Martínez-Arrarás, Jorge (2017): «Javier Oliva: “El público no es idiota”».

Disponible en: <<https://paginasdegutenberg.wordpress.com/2017/04/20/javier-oliva-el-publico-no-es-idiota/Z>> [última consulta: 18/04/2018].

La Casa Encendida (2014): *Entrevista a Fco. Javier Oliva*. Disponible en:

<<https://www.youtube.com/watch?v=jkqJ8mOFU-Q>> [última consulta: 18/04/2018].

Oliva, Javier: *Lo que se me pinta*. Disponible en: <<http://loquesemepinta.blogspot.com.es/>> [última consulta: 18/04/2018].

Onda Cero (2017): *La Hoja del Lunes*, «Entrevista con Javier Oliva». Disponible

en: <http://www.ondacero.es/temas/javier_oliva-1> [última consulta: 18/04/2018].

Popular Televisión Guadalajara (2011): *Entrevista a Javier Oliva*. Disponible en:

<<https://www.youtube.com/watch?v=SBtk7EIuV4g>> [última consulta: 18/04/2018].